

Etnografía de la Andalucía Occidental

M. Bendala Galán*
R. Corzo Sánchez**

ABSTRACT

A discussion of the geographical problems of the core area of Tartessos, intimately associated with the Phoenician city of Gadir. Present research on the literary, geological, place-name data, etc., allows fairly firm hypotheses to be put forward that would solve both the Tartessian palaeotopography and that of the Phoenician settlements on the coast.

The ethnographic question is discussed on the basis of an analysis of the information given by Pliny and Ptolemy, an analysis that enables the latter to be better evaluated.

RESUMEN

En la ponencia se aborda la problemática geográfica del foco nuclear de Tartessos, con la que se halla íntimamente relacionada la correspondiente a la fundación fenicia principal de Gadir. La investigación moderna sobre los datos literarios, geológicos, toponímicos, etc., permite proponer hipótesis bastante firmes para solucionar lo esencial, tanto de la paleotopografía tartésica como de la propia de los asentamientos fenicios de la costa.

La cuestión etnográfica es abordada a partir de un análisis de los planteamientos que conforman y explican las aportaciones de Plinio y Tolomeo, gracias a lo cual es posible una mejor valoración de los datos que proporcionan.

1. INTRODUCCION

Tanto los factores geográficos como los étnicos, y, como sería mejor decir, la combinación de ambos en una historia antigua muy rica y densa, otorgan a la región que nos ocupa, la de la Andalucía occidental, relieve e interés particulares. El campo de nuestra atención, que, ajustado a la actual organización administrativa, comprende aproximadamente las provincias de Huelva, Sevilla, Cádiz y Málaga, constituye un escenario geográfico definido por factores o elementos geomorfológicos de primera magnitud, como el estar a caballo entre el Mediterráneo y el Océano Atlántico y, por tanto, sobre un paso natural tan principal como el Estrecho de Gibraltar; incluir el valle bajo del Guadalquivir, lo que significa contar con una importantísima arteria fluvial; y otros de no mucho menor relieve, que serán oportunamente tratados. Merece la pena interrumpir su enumeración para señalar lo más destacable desde el punto de vista histórico, y es que la combinación de todas sus potencialidades geográficas dieron a nuestras tierras un sonado protagonismo en las fases más antiguas de nuestra historia, hasta el punto de que en esta zona —y sin entrar ahora en episodios más antiguos de tiempos prehistóricos, y tan principales como los referidos a los comienzos de la historia de la metalurgia— se hallan el foco principal de la cultura tartésica, o los puntos de más antigua e intensa incidencia de la colonización fenicia, con el centro preeminente de *Gadir/Gades*.

Basta lo dicho para dejar subrayado que en nuestra zona se produce por vez primera en Hispania un hecho como la consolidación de sociedades de nivel urbano, que tienen una alta incidencia en la modelación de su medio geográfico. Primero, por la acción directa en la configuración de un paisaje fuertemente antropizado, debido a la presencia de núcleos de habitación de gran porte, la transformación a gran escala del territorio en tierras cultivadas y obras cada vez más ingentes para la explotación masiva de los recursos y el aprovechamiento, con el añadido de obras de artefacto, de las condiciones geográficas naturales (explotaciones metalúrgicas, tala de bosques, construcciones de puertos, diques, puentes, etc.). Segundo, por las consecuencias que en el medio natural desencadena la acción del hombre, consecuencias que en zonas tectónicamente poco estables se multiplican con resultados extraordinarios. Este es precisamente el caso de sectores significativos de nuestra área de interés, en los que la tendencia natural a los cambios geomorfológicos y los factores antrópicos, han dado lugar a transformaciones muy profundas.

El hecho de que por razones históricas se refieran a nuestra zona las más antiguas alusiones literarias sobre Hispania, de tiempos, como se sabe, bastante remotos, y que sean muy notables los cambios geomorfológicos —sensibles ya en los mismos tiempos antiguos al que los escritos corresponden—, han hecho de nuestra zona una de las más problemáticas y discutidas en temas de geografía antigua. Baste aludir a la cuestión tartésica, que tiene, junto a la cultural,

* Universidad Autónoma de Madrid.

** Conjunto Arqueológico de Itálica.

una muy particular dimensión geográfica, o a la, por otra parte muy conexas, cuestión de Gadir y la exacta identificación de las islas del antiguo archipiélago. Si recordamos que sobre Tartessos y la antigua Gadir gravita —al menos historiográficamente— uno de los más famosos mitos geográficos de la Antigüedad clásica, el de la Atlántida, no podía encontrarse mejor colofón a estos párrafos introductorios a la problemática geográfica del sector hispano que nos ocupa.

2. SOBRE LA GEOGRAFIA TARTESICA Y DEL AMBITO FENICIO COLONIAL

La importancia histórica de Tartessos y su prestigio ya desde la Antigüedad —de lo que es un auténtico certificado su ascenso al plano legendario— lo ha convertido en tema casi absorbente de nuestra geografía antigua. La historiografía tartésica, tan copiosa que ha posibilitado y requerido estudios de conjunto¹, se convierte en verdadero paradigma de atención secular a un problema geográfico de la Antigüedad. Los intentos de reducción geográfica de la ciudad de Tartessos y de su territorio —con los ensayos de identificación de los lugares y accidentes geográficos mencionados en los textos— arrancan del siglo XVI. La base de la discusión inicial la proporcionaban los textos, con la ayuda de la toponimia, o de las pocas antigüedades que se conocían. Así se llegó al nacimiento de la Arqueología en el siglo XIX y a su desarrollo incipiente en los comienzos de la centuria actual, en que confluyen los estudios filológicos y arqueológicos. Debe nombrarse entre los pioneros de la Arqueología a J. Bonsor, y a A. Schulten como ejemplo de la obsesión de poner a contribución los estudios filológicos y los resultados de la Arqueología al objetivo primordial de encontrar la ciudad de Tartessos.

No fueron nada despreciables las aportaciones del hispanista alemán, para lo que basta recordar la promoción de obras básicas para los estudios posteriores, como la edición crítica de las *Fontes Hispaniae Antiquae* y la preparación de una obra que conecta directamente con el tema de nuestro Congreso: su monumental *Iberische Landeskunde*. De ésta llegó a escribir Schulten sólo la primera parte (editada en español en dos volúmenes: *Geografía y Etnografía antiguas de la Península Ibérica*, Madrid, 1959 y 1963) y la dejó encomendada para su terminación a A. Tovar. El Profesor Tovar, a su vez, tuvo tiempo de terminar dos volúmenes, escritos en alemán, dedicados a la Bética y a la Lusitania, y acaba de salir como obra póstuma suya, con varias colaboraciones, el libro correspondiente a la Tarraconense, esta vez en castellano². También las *Fontes* se han terminado en fecha reciente, con la edición en 1987 —y añadida a la vieja dirección de Schulten la de J. Maluquer de

Motes— del fascículo VII, el último de la colección, dedicado a los textos de Mela, Plinio y Ptolomeo³.

La investigación de Schulten, empero, se resentía de su escasa base arqueológica y de tremendas lagunas en materia de Geología, factores principales de su fracaso en las excavaciones emprendidas en el Coto de Doñana en busca de Tartessos, que acabaron por minar su prestigio. Había que trabajar en los dos frentes, y en el de la Geología podría contarse muy pronto con los magníficos estudios de J. Gavala, ampliamente aprovechados por César Pemán y otros estudiosos de la topografía tartésica⁴. Los arqueólogos, en general, advertidos de lo peligroso que podía resultar el afán por resolver el supuesto problema principal de encontrar la ciudad de Tartessos, con base sobre todo en el poema de Avieno, empezaron a indagar con otras preocupaciones: la de reconstruir en conjunto la secuencia cultural de la región tartésica. Así quedó expresado durante la celebración del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, dedicado a Tartessos, y celebrado en Jerez en 1968. Puede servir esta reunión como definitiva de las tendencias que se consagrarán en la investigación de los últimos veinte años.

Desde el punto de vista arqueológico se incrementarán los estudios de secuencias culturales, con multitud de análisis estratigráficos (Córdoba, Cabezos de Huelva, Carmona, Setefilla, Cerro Macareno, etc.) y estudios generales de poblados y necrópolis básicos tanto para el ámbito fenicio colonial (Almuñécar, Toscanos, Trayamar, Jardín, etc.), como para el ambiente cultural que podemos llamar tartésico (Huelva, Riotinto, Tejada la Vieja, Medellín, Setefilla, Osuna, etc.). Se dejaba a un lado la obsesión por encontrar Tartessos, dando por hecho que su hallazgo será el fruto que caerá por sí mismo en el curso de una investigación general y sistemática en el campo. Paralelamente, los estudios geológicos se potenciarán con nuevas perspectivas, abiertas por la aplicación de una tecnología cada vez más capaz y refinada. Al tiempo, la información sobre la cultura tartésica y colonial y los ámbitos que les eran propios, se ha ido enriqueciendo extraordinariamente con estudios de gabinete sobre la rica cultura material de la época (la cerámica, las estelas de guerreros, los objetos de bronce y marfil, la orfebrería...), sin olvidar la continua revisión de las fuentes literarias y el análisis de los testimonios de escrituras antiguas. En los últimos años se han incrementado los estudios sobre organización territorial de nuestras culturas en el marco de las investigaciones correspondientes a la llamada «Arqueología espacial»⁵.

³ *Fontes Hispaniae Antiquae*, fasc. VII, Hispania Antigua según Pomponio Mela, Plinio el Viejo y Claudio Ptolomeo, Barcelona, 1987 (edición, índice y traducción de V. Bejarano).

⁴ Recordemos, principalmente, del citado C. Pemán, los trabajos: *El pasaje tartésico de Avieno a la luz de las últimas investigaciones*, Madrid, 1941; y La ubicación de Tartessos vista desde la Tartésida, en *Tartessos y sus problemas* (V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez, 1968), Barcelona, 1969, 233-240.

⁵ Una visión de conjunto en *Iberus. Actas de las I Jornadas sobre Mundo Ibérico*, Jaén (1985), 1987. Los resultados de la investigación de los últimos años sobre la arqueología tartésica y fenicia de la Península están comentados en: M. Bendala, Tartessos, *Veinte años de Arqueología en España*, Boletín de la Asoc. Esp. de Amigos de la Arqueología 30-31, 1991, 99-110; M. Bendala y J. Navarro, La colonización feniciopúnica, *Ibid.* 111-121.

¹ Como el relativamente reciente de M. Pellicer, en *Habis* 7, 1976, 229-240.

² A. Tovar: *Iberische Landeskunde*, Segunda parte (Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania), 1 (Baética), 2 (Lusitania) y 3 (Tarraconensis), Baden-Baden, 1974-1989.

El bajo Guadalquivir y la bahía de Cádiz.—Tanto la magnitud de los cambios geomorfológicos, como la propia de las realidades histórico-culturales implicadas en él, hacen del sector correspondiente al bajo Guadalquivir y a la bahía de Cádiz el más destacado y conflictivo de nuestra zona, con gran importancia de los fenómenos neotectónicos y una fuerte incidencia de los factores antrópicos. En la raíz de los cambios —según demuestran estudios geológicos ya clásicos, como los de J. Gavala, y de los últimos años, como los de L. Menanteau— se halla el hecho de pertenecer a una zona de gran desequilibrio isostático, en la articulación de las grandes placas de Iberia y de África⁶. El surco marino que era originariamente la cuenca del Guadalquivir configura una línea de disimetría tectónica, que tiene, a un lado, el zócalo antiguo de la Meseta, con la Sierra Morena como reborde meridional, y al otro, la cadena de plegamiento reciente correspondiente a las cordilleras Béticas. El punto de salida del surco del Guadalquivir al Golfo de Cádiz determina el sector de transformaciones más acusadas, sector que corresponde a un vasto triángulo determinable, aproximadamente, si se lo traza con vértices en las ciudades de Huelva, Cádiz y Sevilla (fig. 1).

Es de todos sabido que el curso bajo del Guadalquivir ocupa lo que, hasta fechas geológicamente muy recientes, constituían un amplio lago marino, colmatado después hasta dar en las actuales marismas del Guadalquivir. Ateniéndonos a las conclusiones de lo publicado en fecha reciente por L. Menanteau⁷, se pasó, desde la última transgresión flandriense, de una bahía abierta a una laguna litoral con delta interno, que comporta múltiples aberturas. El paso debió realizarse hacia el final del segundo milenio antes de nuestra Era, y estuvo marcado por la formación de numerosas islas/barrera, sometidas a crecimientos constantes hasta el fin de la Antigüedad. Todo el Golfo gaditano experimentó un rápido proceso de cerramiento y regularización de la línea costera, con la paralela colmatación de las lagunas internas como la correspondiente a las marismas del Guadalquivir, que se aceleraría en los tiempos modernos por un fuerte incremento de las consecuencias derivadas de acciones antrópicas.

Sobre la base de las reconstrucciones paleotopográficas ya existentes⁸ es posible proyectar sobre el terreno, con nuevas posibilidades, las indicaciones de las fuentes literarias antiguas. En la línea de lo defendido hace años por C. Pemán, se hace bastante firme la hipótesis que identifica el río Tartessos con el Guadalquivir y la necesidad de ubicar hacia su desembocadura la ciudad homónima. Los problemas que, sin duda, persisten, y la oscuridad y complejidad de las fuentes —con la *Ora Marítima* a la cabeza— obligan a no desestimar del todo otras hipótesis, como la que lleva

a identificar al río con el Tinto y a la ciudad de Tartessos con Huelva⁹. No obstante, sin entrar en los pormenores de una discusión científica ya muy añeja y prolija, cobra cada vez mayor consistencia la correlación Tartessos/Guadalquivir. El problema de las dos bocas del río, entre las que quedaba la isla de Cartare, donde se hallaba la ciudad de Tartessos, queda razonablemente resuelto con la identificación de la segunda boca, la meridional, con la desembocadura del Guadalete. En este caso, la isla —Cartare— no sería otra cosa que la tierra comprendida hoy entre los dos ríos, entre el Guadalquivir y la bahía de Cádiz.

Indicaciones de autores antiguos tan importantes como Estrabón y Plinio hacen buena esta propuesta. Aparte de que el Guadalete no recibe mención específica, dice Estrabón (3, 1, 9) que la isla comprendida entre los dos brazos del Baetis, que abarca un trecho de costa de cien estadios o más, contiene el oráculo de Menesteco —situable hacia el Puerto de Santa María, por donde se halla el poblado del Castillo de Doña Blanca¹⁰— y la Torre de Cepión, que corresponde a Chipiona, con nombre moderno derivado de aquél. Plinio, por su parte, sitúa más imprecisamente las ciudades de *Asta* (Mesas de Asta, Jerez) y *Nabrissa* (Lcbrija) *inter aestuaria Baetis* (NH 3, 11). Son noticias que, como otras espigables en los autores antiguos, llevan a identificar las dos bocas del Baetis/Tartessos con las desembocaduras del Guadalquivir y el Guadalete.

Señaló ya C. Pemán¹¹ las dificultades que, sin embargo, ofrece ver en el Guadalete un brazo del Guadalquivir, teniendo en cuenta la separación de sus cursos respectivos por alturas de tiempos del Terciario, y las observaciones de un conocedor antiguo de la zona, como debía de ser Pomponio Mela: según éste, el río forma cerca del mar un lago del que sale dividido en dos brazos, cada uno de los cuales conserva tanto caudal, como el río antes de su división (*Baetis... uno amne decurrit; post, ubi longe a mari, grandem lacum fecit, quasi ex novo fonte geminus exoritur quantusque simplici alveo venerat tantus singulis effluit*: Mela 3, 1, 5; *FHA* VII, 8). La equiparación de los dos caudales se compadece mal con la mucho menor entidad del Guadalete, pero es un inconveniente que, junto al señalado anteriormente, puede salvarse si es posible una vieja propuesta, matizada recientemente por G. Chic: el brazo fluvial no sería estrictamente el Guadalete, sino un canal, cegado después, que desaguaba en la misma ría del

⁶ Véase el estudio más reciente de L. Menanteau: *Les marismes du Guadalquivir. Exemple de transformation d'un paysage alluvial au cours de Quaternaire récent*, París, 1982.

⁷ *Ibid.*, 190 ss.

⁸ Destaquemos últimamente la realización del *Mapa fisiográfico del litoral atlántico de Andalucía (1/50.000)*, por la Consejería de Política Territorial y la Agencia del Medio Ambiente de la Junta de Andalucía y la Casa de Velázquez, bajo la dirección de L. Menanteau y J. R. Vanney, editada desde 1985.

⁹ Defendida, entre otros, por J. M. Luzón: Tartessos y la Ría de Huelva, *Zephyrus* 13, 1962, 97-104. En opinión de uno de nosotros, no es improbable que el río Tartessos fuera el Guadalete, que la isla de Cartare pueda ser identificada con alguna de las existentes entonces en la bahía de Cádiz, como la correspondiente a las tierras donde hoy se halla la localidad de San Fernando —la «Isla de León»—, unida hoy a tierra firme. Quizá en el enigmático castillo de San Romualdo puedan verse vestigios de la fortaleza de la antigua ciudad. Cf. R. Corzo, *Arqueología de las islas gaditanas, Enciclopedia gráfica gaditana*, vol. II (fasc. 2, pp. 17-32), Cádiz, 1984, 30-31; y en *Historia del Arte en Andalucía I* (La Antigüedad), Sevilla, 1989, 139-141.

¹⁰ Para este interesante yacimiento, situado en las inmediaciones del Puerto de Santa María, se ha propuesto una identificación con el Puerto de Menesteco. Véase D. Ruiz Mata: *Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca*, *Aula Orientalis* 3, 1985, 241-263; y últimamente, del mismo autor, el informe publicado en el *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986*, Sevilla, 1987, vol. II, 360-365.

¹¹ C. Pemán: *El pasaje tartésico de Avieno... op. cit.*, 25.

Guadalete procedente del lago interior, el *Lacus Ligustinus*; partía de éste entre Trebujena y Lebríja y dejaba Mesas de Asta al oeste y Jerez al este, tras bordear, entre un lugar y otro, el llamado Cerro del Barco¹². La hipótesis, aunque no carente de dificultades, es altamente verosímil: explica, entre otras cosas, la reiterada mención de los autores antiguos a los dos brazos del río, debidas, por tanto, a un hecho cierto y no a la confusión de uno de ellos con el Guadalete. La tierra comprendida entre ellos, donde hoy se hallan Chipiona, Sanlúcar, Trebujena, Mesas de Asta o el Puerto de Santa María, quedaba como una isla que separaba de la mar abierta el *Lacus Ligustinus*.

Cuando Estrabón, al comienzo del pasaje 3, 1, 9, describe este sector, alude al puerto de Menesteo y al estero que está junto a las ciudades de Asta y Nabrisa, en un orden por el que parece que su informante está recorriendo precisamente el canal de que hablamos. Por su existencia se explica mejor la importancia y prosperidad del yacimiento de Mesas de Asta, identificado con razón con la ciudad antigua de *Asta Regia*, lugar poblado de muy antiguo y con una característica potenciación como centro con vocación urbana, de carácter portuario, desde el Bronce Final tartésico¹³. La ciudad de *Asta* se beneficiaba del tráfico comercial a través de esta importante arteria, el mismo que explica la importancia de otro centro portuario vinculado al canal, el ya citado poblado del Castillo de Doña Blanca, situado en un lugar estratégico de la Bahía de Cádiz, a la boca del canal que comunicaba con los grandes centros que orlaban el *Lacus Ligustinus*. Como las excavaciones en curso están poniendo de relieve, el poblado del Castillo de Doña Blanca se halla muy relacionado con la próspera colonia de *Gadir*, una baza principal para su desarrollo económico; y además, como ha señalado también G. Chic, se beneficiaba del que pudo ser un uso preferente por los navegantes de este otro brazo del río en evitación de la desembocadura actual, donde la barra de Sanlúcar era extremadamente peligrosa, debida a los bajos y arrecifes que llevaron a señalar el lugar con el faro de la Torre de Cepión (Estrabón 3, 1, 9).

Un curioso testimonio, muy posterior a los tiempos que ahora nos ocupan, puede ser una prueba de la existencia y operatividad del canal. En el siglo XVI, la ciudad de Jerez promovió un proyecto para unir el Guadalquivir y el Guadalete mediante un canal que facilitara sus relaciones comerciales con Sevilla y Cádiz, evitando, además, la peligrosa barra de Sanlúcar. Los expertos que avalaban el proyecto lo creían factible, para lo que debieron tomar buena nota de la configuración geológica del recorrido propuesto, cuya verosimilitud debería hacerse palpable, sobre todo, cuando en los días de abundante lluvia se anegaban las tierras por donde pudo pasar el presunto canal antiguo, reproduciendo su trazado. El proyecto no se llevó a cabo, sobre todo por la decidida oposición de Sanlúcar y su poderoso señor, el Duque de Medina

Sidonia, pero hubo muchas tentativas de materializarlo durante los siglos XVI y XVII —en una ocasión por la conmoción producida por la pérdida de doce navíos de la flota de Indias en la desembocadura del Guadalquivir— y aún hasta el siglo XIX¹⁴.

En la Antigüedad, por tanto, la bahía de Cádiz entraba de lleno en el marco de la desembocadura del Guadalquivir, lo que explica mejor, además de lo dicho, la idoneidad del lugar elegido por los fenicios para el asentamiento de la colonia de Gadir. Anótese también, entre los corolarios de lo dicho, la conocida propuesta de que debe buscarse la ciudad de Tartessos en el ámbito de la mencionada isla, siguiendo, entre otras cosas, la específica indicación de Estrabón (3, 2, 12) sobre el particular. En este sentido, las excavaciones y prospecciones arqueológicas en la zona van arrojando una rica información, que hace cada vez menos aventurada esa posibilidad, y menos lejana la obtención de una respuesta definitiva a la cuestión. El poblado del Castillo de Doña Blanca y la necrópolis inmediata están suministrando datos de gran valor para el conocimiento de la evolución histórica de la zona, a lo que hay que sumar las excavaciones en La Algaida, junto a Sanlúcar de Barrameda, donde todos los indicios apuntan a haber localizado el santuario de *Phosphóros*, o de la *Lux Divina*, citado por Estrabón (3, 1, 9) a continuación de la ciudad de Eborá. En estos y otros yacimientos, muchos de ellos sin explorar, y tan prometedores como el mismo de Mesas de Asta, o el situado en Gibalbín, podrán hallarse nuevas respuestas a las interrogantes planteadas sobre la ubicación de Tartessos en estos parajes. Por lo demás, no está de más señalar, de camino, que en la relación Tartessos/Cartago puede estar la causa de la confusa vinculación con Tartessos de la ciudad de Cartea de la que se hacen eco varios autores antiguos (Estrabón, Mela, Plinio, Appiano, Pausanias, Silio Itálico).

En cuanto a la colonia de Gadir, ya se ha indicado que la inclusión de la bahía en el directo radio de acción de la desembocadura del Guadalquivir, mejora el entendimiento de su ubicación geoestratégica, a la boca de la importante vía de comunicación con el interior que era el Tartessos/Baetis. Por otra parte, la vecindad de Gadir con Tartessos encaja perfectamente en los proyectos de una colonia de comerciantes, que buscan la cercanía del núcleo principal de sus suministradores de materias primas.

Al margen de esta vertiente, de no poca monta, de la problemática de Gadir/Gades, relativa a las líneas maestras de su emplazamiento, la discusión geográfica concerniente a la colonia se centra, sobre todo, en la correcta identificación de las islas que formaban el archipiélago, y en la ubicación de los diferentes núcleos que tuvo la ciudad y de los santuarios y demás lugares de interés que las fuentes literarias

¹² G. Chic: Gades y la desembocadura del Guadalquivir, *Gades* 3, 1979, 7-23. Puede seguirse el curso del posible canal en las hojas 1047, 1048, 1061 y 1062 del mapa 1/50.000 del Instituto Geográfico y Catastral.

¹³ Véase M. Esteve Guerrero: Asta Regia: una ciudad tartésica, en *Tartessos y sus problemas*, citado en nota 4, 111-118.

¹⁴ La cuestión es tratada de paso por M. Ponsot: En Andalousie occidentale: systèmes de transports et développement économique (XVI-XIX^e siècle), *Annales ESC* 31, 6, 1976, 1195-1212, en particular p. 1202 y nota 18, p. 1211. Agradezco las valiosas indicaciones sobre la cuestión de M. González Jiménez, de quien puede consultarse: *La Baja Andalucía a fines del Medievo*, Ponta Delgada, 1989, 30-31, nota 62. Es un curioso testimonio gráfico de la creencia en la solución tipográfica del canal, el mapa de 1788 realizado sobre la Bética por Juan López, y que se conserva en el Servicio Geográfico del Ejército (Madrid).

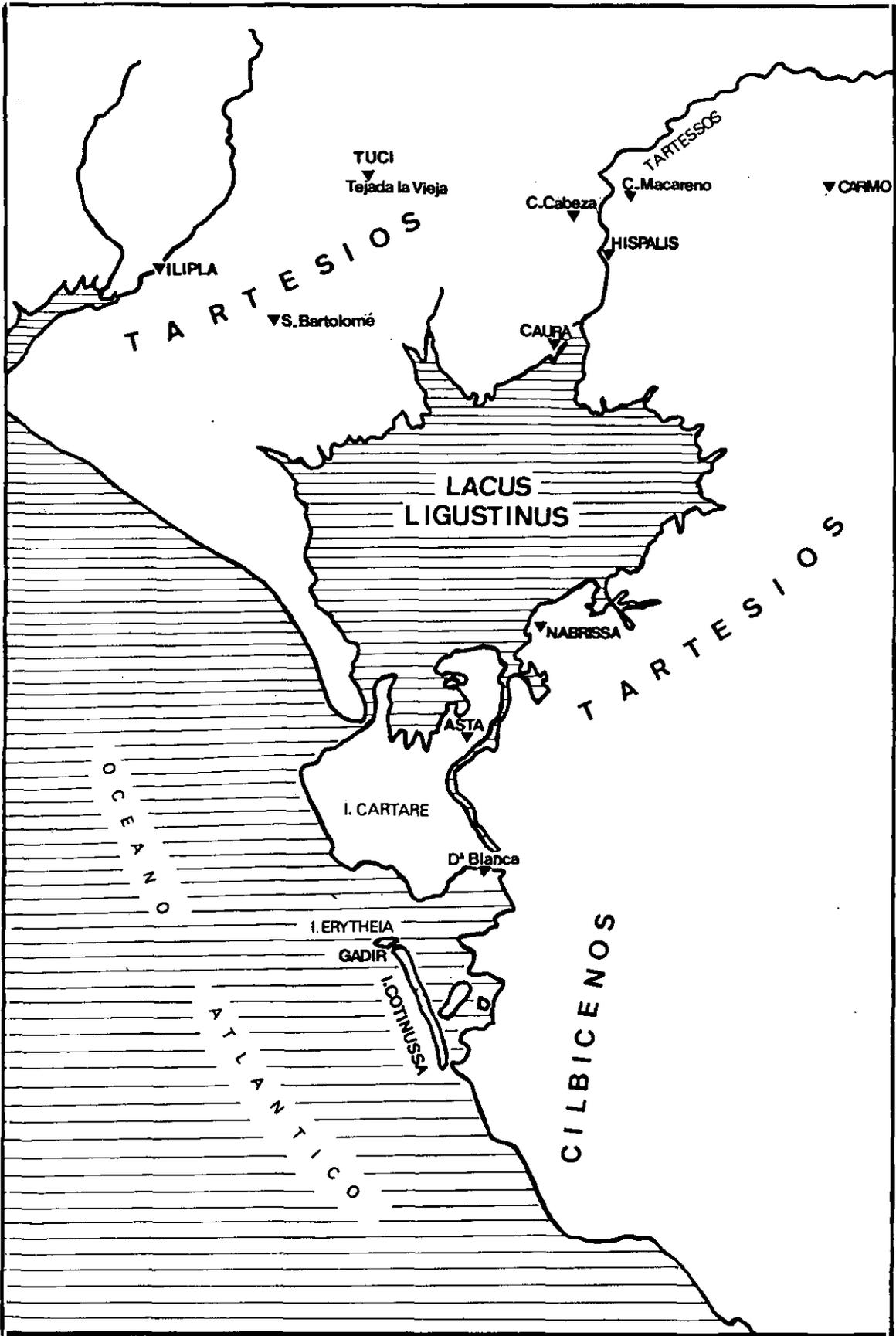


FIG. 1. Reconstrucción, sobre un mapa moderno, de la paleotopografía del sector principal de la Andalucía Occidental.

mencionan. Los ríos de tinta vertidos en las publicaciones científicas que tratan estas cuestiones, se explican por los profundos cambios registrados en el ámbito de la bahía, que poco o nada se parece hoy a la de los tiempos antiguos. Se han sumado efectos de colmatación interior —que ha soldado islas al continente y rellenado amplios espacios antes invadidos por las aguas— con una desacostumbrada acción destructiva del mar en la cara externa de las islas¹⁵.

Entre los elementos definitorios de la topografía antigua escamoteados por los cambios, figura uno de descubrimiento reciente, gracias al que parece resolverse bastante bien lo esencial de la problemática de las Gadeira. Se trata de un canal o brazo de mar que corría de este a oeste por el centro del casco principal de la Cádiz actual, entre la Caleta y la dársena principal del puerto moderno. Este canal Bahía-Caleta deja una isla pequeña al norte, aunque de bastante tamaño, donde estuvo el núcleo originario de la colonia fenicia. Es la isla que, como dice concisamente Plinio (4, 120), llamaban unos *Erythea*, *Afrosidias* otros, y los naturales, Isla de Juno (*Insula Iunonis*). Quizá la zona principal del núcleo de habitación fenicio estaba hacia el extremo occidental de la isla, lo que se conoce como Punta del Nao, completamente arrasada por su utilización como cantera para la extracción de la caliza fosilífera, o piedra ostionera, típica de las construcciones de Cádiz. En el extremo, quizá en una isleta menor, estuvo el importante santuario, con cueva y oráculo, dedicado a la Venus Marina, citado por Avieno (*OM* 305-317). Hubo de ser un lugar de culto dedicado a Astarté, para el que sólo se cuenta ya con las pruebas arqueológicas de las numerosas piezas votivas halladas en las aguas de la Punta del Nao. Quizá se aluda a ella en la inscripción fenicia grabada en el escabel de la conocida como Astarté del Carambolo.

El canal servía de magnífico puerto natural, en el que las embarcaciones encontraban un estupendo refugio. De la actividad desplegada a su orilla da idea el hecho de tener en la mayor altura de la isla de Afrosidias, correspondiente al lugar de la Torre de Tavira, lo que muy descriptivamente puede denominarse un *testaccio* gaditano, resultado, según parece, de la acumulación de los restos de envases cerámicos amortizados en el comercio. Al sur del canal se halla la isla que los griegos llamaban *Kotinoussa* o isla de los acebuches. Es una larga barrera, que, según las medidas proporcionadas por Plinio (tomadas de Polibio: *N.H.*, 4, 119) tenía 12.000 pasos, unos 18 kilómetros, distancia que se ajusta bastante bien a la existente entre los dos extremos reales de la antigua isla, situados en el castillo de San Sebastián y en Sancti Petri. En el primero se hallaba el *Krónion* (Estrabón 3, 5, 3), santuario dedicado al dios fenicio

Baal Hammón, y en el segundo, el célebre templo de Melqart, el *Herákleion* que tanta fama alcanzó en la Antigüedad.

También en esta isla mayor Cotinusa, separada por el canal de la vieja colonia fenicia, que la tenía desde hacía tiempo como zona de expansión de su necrópolis, construyó Balbo el Menor, en época de Augusto, una ciudad, la «Nueva», que unida a la antigua dio lugar a una ciudad gemela, una *Didyme* o dípolis, como informa Estrabón (3, 4, 5). La ciudad romana ha quedado muy destruida por los embates del mar en la zona del sur o frente del vendaval, y oculta, en lo que queda, bajo el caserío moderno. Recientemente se ha excavado parte del teatro, un edificio de gran magnitud situado en el barrio del Pópulo¹⁶, y han podido ser examinados algunos vestigios, en las inmediaciones de la Catedral, por los que se deduce la existencia de importantes obras de aterramiento en la cara que miraba al canal. Las excavaciones en curso en la ciudad enriquecerán, sin duda, los datos sobre la organización de la urbe antigua, de la que empezamos ahora a conocer algo de sus características.

Los textos hablan de una tercera isla, la *Antipolis* de Estrabón, que ha de corresponderse con la isla de León, unida ahora al continente, donde se halla San Fernando. En la costa frontera, por donde la población actual de Puerto Real, construyó Balbo un arsenal, una zona portuaria y fabril de expansión, correspondiente al *Portus Gaditanus*, que citan Mela 3, 4 y el *Itinerario de Antonino* 409, 3.

Paleotopografía de los establecimientos de la costa.—Llamemos así a otra parcela de los estudios sobre topografía antigua de nuestra zona, que merece especial mención. Fruto de la labor impulsada desde la sede española del Instituto Arqueológico Alemán, se viene desarrollando desde 1982 un programa de investigación, geológico y arqueológico, dirigido a la reconstrucción de la topografía de los asentamientos fenicios de la costa. El programa completa la fructífera labor desarrollada desde hace tiempo en los lugares de habitación y las necrópolis de los colonos semitas, y aporta datos del mayor interés sobre los criterios de organización y de ubicación topográfica tenidos en cuenta¹⁷.

En términos generales, se deduce que, más que en otros a la boca de corrientes fluviales, los colonos escogieron para su instalación alturas suaves sobre verdaderos entrantes marinos en los que cobijarse, con obras que facilitarían las maniobras propias del tráfico y el movimiento de las embarcaciones y las mercancías. Los intensos procesos de colmatación de las bocas de los ríos, acelerados desde la Edad Media, por razones, entre otras, de origen antrópico (desforestaciones, etc.), han rellenado las antiguas desembocaduras y alejado de la orilla del mar los centros que fueron costeros. Como en el caso de las marismas del

¹⁵ Los principales trabajos modernos sobre la topografía antigua de Cádiz y de sus islas son los siguientes: R. Corzo: *Paleotopografía de la bahía gaditana*, *Gades* 5, 1980, 5-14; *idem*: *Arqueología de las islas gaditanas*, citado en nota 9; J. R. Ramírez Delgado: *Los primitivos núcleos de asentamiento en la ciudad de Cádiz*, Cádiz, 1982; F. Ponce Cordones: *Consideraciones en torno a la ubicación del Cádiz fenicio*, *Anales de la Universidad de Cádiz* II, 1985, 99-121. Una síntesis de la cuestión, en M. Bendala: *Cádiz: la ciudad antigua*, *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar* (Ceuta, 1987), Madrid, 1988, I, 55-70.

¹⁶ Cf. R. Corzo: *El teatro romano en Cádiz*, *Homenaje al Profesor Antonio Blanco Freijeiro*, Univ. Complutense, Madrid, 1988, 55-70.

¹⁷ Véase el libro de H. Schubart, H. D. Schulz, O. Arteaga y G. Hoffmann: *Geologisch-archäologische Forschungen zum Verlauf der andalusischen Mittelmeerküste*, *Madrider Beiträge* 14, Mainz am Rhein, 1988 (una sinopsis: *Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía mediterránea*, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 27, 1989, 61-66).

Guadalquivir y de la bahía de Cádiz, los cambios han sido bastante intensos, hasta el punto de ocultar el verdadero carácter de los asentamientos fenicios, que ahora se pone de relieve con esta investigación multidisciplinar.

El Guadalquivir, que desemboca en la bahía de Algeciras, cubre en su curso bajo lo que fue una amplia ensenada marítima; entre un entrante más profundo, que sigue hoy el curso del río, y otro menor hacia el este, quedaba una península dirigida de norte a sur, en cuyo extremo meridional, donde el actual Cerro del Prado, se ubicó un asentamiento fenicio remontable al siglo VII a. C.; en el entorno hay otros establecimientos púnicos y romanos, y, al este de la boca de la bahía, se levantó la ciudad de Carteia, todos los cuales aprovechaban las magníficas condiciones de un entrante bien protegido, al fondo, además, de la amplia bahía de Algeciras. Es menor —también en la provincia de Cádiz— el entrante marino situado donde el actual río Guadiaro, pero fue aprovechado de igual modo por los fenicios para la instalación de un núcleo portuario en la pequeña elevación de Montilla, con vestigios arqueológicos fechables a partir del siglo VII a. C.; enfrente se han hallado testimonios de una posible necrópolis y otras ocupaciones púnicas y romanas. En la provincia de Málaga se ha comprobado igualmente que el río Vélez cubre, en su tramo final, lo que fue una profunda ensenada marina, a cuyo abrigo ubicaron los fenicios los asentamientos sobradamente conocidos de Toscanos (justo en la boca occidental del entrante), Alarcón y, al otro lado, el Cerro del Mar, y sus necrópolis, como la de Jardín.

Estos y otros estudios, antiguos o todavía en curso, revelan los mismos cambios en otros lugares de la costa, por ejemplo en las desembocaduras de los ríos Guadiana y Piedras, o en la ría de Huelva, aunque lo ya conocido permite acercarnos mucho más a lo que fue la costa antigua, y a entender mejor los sistemas seguidos por sus remotos pobladores a la hora de asentarse en ella para navegar a su orilla, pescar en sus aguas, o comerciar entre ellos y con las gentes del interior.

3. EL POBLAMIENTO Y SU PROYECCION GEOGRAFICA Y CARTOGRAFICA

Los pueblos que ocuparon la Andalucía occidental y su génesis, han sido tratados en otra ponencia¹⁸. Algo se dirá en ella de sus lugares de implantación,

pero es éste uno de los aspectos directamente correspondientes a lo que debemos tratar en ésta. Y no es cuestión sencilla, por las dificultades que entraña manejar una información escasa y, a menudo, equívoca, que en cuestiones como el establecimiento de límites a los territorios correspondientes a las etnias conocidas, la reducción de ciudades, y tantas otras de la geografía antigua cultivadas desde hace mucho tiempo, han dado lugar a una considerable cosecha bibliográfica.

El panorama que ofrecen las fuentes sobre la distribución de las distintas etnias prerromanas en Andalucía occidental parece rico en informaciones, pero los intentos de interpretación hacen comprender bien pronto que poco puede deducirse frente a la acumulación inicial de contradicciones entre los autores. Los dos textos que ofrecen mayor número de datos, desde el punto de vista de la correlación geográfica, son los de Plinio y Tolomeo, ya que ambos abarcan toda la región y mencionan la mayor parte de los pueblos conocidos, con ligeras variantes en los nombres, pero su comparación es sorprendentemente contradictoria a primera vista. Como posible camino para aclarar la cuestión, parece necesario revisar los dos relatos geográficos, establecer con claridad los sistemas y fuentes en los que se basa cada uno y determinar después cuáles son los datos de localización étnica verdaderamente válidos.

Hace años, uno de nosotros intentó componer una revisión de este tipo en el texto de Plinio¹⁹; la pretensión era, entonces, explicar la ausencia en este autor de toda referencia a una ciudad tan importante como Carmo (Carmona), el «olvido» más llamativo que se observaba en su descripción de la región. Las conclusiones de aquél trabajo son válidas también para los fines actuales, puesto que en ambos casos se trata de determinar la utilidad o grado de validez atribuible a cada una de las referencias geográficas de Plinio, de acuerdo con el origen de sus datos. Expondremos aquí el resumen de las conclusiones de entonces, antes de aplicar a Tolomeo un análisis similar, y comparar ambos resultados.

La descripción ofrecida por Plinio se basaba, de acuerdo con sus propias indicaciones, en un documento geográfico esencial que él mismo comenta y critica en los posibles errores referidos a esta región; el famoso mapa de Agripa —el *Orbis Pictus*—, elaborado por encargo de Augusto y destinado a reflejar la realidad del Imperio como instrumento para su organización²⁰. Las observaciones sobre el *Orbis Pictus* deberían complementarse con relatos de viajeros, periplos y observaciones de la costa del tipo de los modernos derroteros, y, quizá muy especialmente, con las observaciones que hiciera el propio Plinio durante su

¹⁸ No es posible entrar aquí en la discusión de la cuestión, aunque ese fuera nuestro deseo, para mostrar los acuerdos y desacuerdos con lo expuesto en la ponencia presentada por María Belén y J. L. Escacena. Manifestaremos sólo nuestra coincidencia con la importancia concedida a las novedades que entraña el Bronce Final tartésico, y sobre su cesura respecto de las etapas anteriores, como hemos señalado en otras ocasiones y defendido en congresos anteriores. Cf. M. Bendala: La Baja Andalucía durante el Bronce Final, *Homenaje a Luis Siret* (Cuevas de Almanzora, 1984), Sevilla, 1986, 530-536; y M. Bendala y J. Blázquez: Los orígenes de la cultura ibérica y un par de notas sobre su arte, *Iberos. Actas de la I Jornada sobre el Mundo Ibérico*, citado en nota 5, 9-18. En el origen de la renovación en que consiste el Bronce Final tartésico no estamos de acuerdo con la importancia concedida al Bronce Atlántico, inconcebible

cultural y arqueológicamente como determinante de la configuración de la cultura tartésica inicial; sobre todo ello puede verse lo expuesto en otro lugar, con un amplio desarrollo de nuestras opiniones al caso: M. Bendala: Tartessos, en *Historia General de España y América* 1, 1, Madrid, 1985, 593-641.

¹⁹ R. Corzo y A. Jiménez: Organización territorial de la Baética, *AExpA*, 53, 1980, 21-47.

²⁰ Cf. O. A. W. Dilke: *Greek and Roman Maps*, London, 1985. Una hipótesis sobre su aprovechamiento en Hispania, en M. Bendala: El plan urbanístico de Augusto en Hispania, en *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit* (Madrid, 1987), München 1990, 25-42.

estancia en el país. Hay, además, unos listados de ciudades que pudieron tomarse del texto explicativo del Mapa de Agripa, del «Breviario» de Augusto, o de documentos oficiales semejantes que Plinio pudo consultar sin dificultad en Roma, en su calidad de alto funcionario de la administración imperial. Dentro de las listas había dos tipos, las étnicas y las jurídicas, ya que se encabezan tanto con la indicación del grupo étnico como con la del convento jurídico correspondiente.

Si establecemos la posible correlación de los datos de Plinio con sus fuentes, podemos deducir que la parte dedicada a describir la costa y el curso del Guadalquivir la había tomado de documentos geográficos, con referencias claras al Mapa de Agripa, que sirve de base para ir seleccionando más adelante los encabezamientos de las listas. Las poblaciones del convento jurídico cordobés y las del sevillano cercanas al río se nombran por orden geográfico con una referencia administrativa que podía estar también en el Mapa o en los documentos auxiliares. Las listas específicamente administrativas, ordenadas alfabéticamente y por categorías municipales, corresponden a la Bastetania del convento cordobés, a los conventos de Astigi y Gades y a las zonas de la Beturia ocupadas por los célticos y los túrdulos; es seguro que en los casos de los conventos de Astigi y Gades se utilizan listas jurídicas sin referencias étnicas, y que en la Beturia se emplean listas étnicas con una referencia jurídica tomada del Mapa. La lista bastetana es quizá dudosa, pero su correspondencia con la parte oriental de Andalucía nos lleva a no entrar ahora en su problemática.

Por todo ello, puede concluirse que sólo el grupo étnico de los célticos mencionado por Plinio en la Andalucía occidental procede de una lista étnica precisa, y de ahí que incurra en la imprecisión geográfica de contener ciudades célticas no correspondientes a la Beturia, sino a la Serranía de Ronda²¹, y que no puede asegurarse la correspondencia estricta de todas ellas al convento jurídico de Hispalis, ya que esta división jurídica parece posterior a la elaboración de los listados étnicos. Lo mismo podría inferirse de la lista de los túrdulos de la Beturia cordobesa, aunque éstos exceden del área contemplada en el presente trabajo.

En el relato de Tolomeo hay un empleo de fuentes similar al de Plinio. Conviene indicar antes de su análisis que las intenciones de los dos autores eran bien distintas, ya que mientras en Plinio alentaba un propósito descriptivo muy amplio, en Tolomeo sólo encontramos una serie de reducciones a coordenadas geográficas con las que se pretende describir o apoyar un mapa preciso. Tal y como Tolomeo explica su forma de trabajo²², la atribución de las coordenadas tenía como base algunas observaciones específicas, la

interpretación de los datos reflejados en mapas y la conversión en grados y minutos de distancias entre poblaciones; por ello, en el análisis del texto de Tolomeo se puede intentar señalar cuándo la referencia étnica procede de la lectura de un mapa y cuándo se trata de una relación específica, sin olvidar en ningún caso que Tolomeo «manipula» sus fuentes mucho más que Plinio para obtener un relato geográfico preciso.

Las primeras enumeraciones de Tolomeo sobre Andalucía son de ordenación puramente geográfica y similares a las de Plinio; se trata de las poblaciones costeras, descritas de oeste a este y con inclusión de accidentes geográficos; en ellas hay indicaciones étnicas que debió de tomar de un mapa, correspondientes a los límites entre los diferentes pueblos de la costa (turdetanos, túrdulos y bástulos), válidas sólo para los tramos costeros, y extensibles con precauciones al interior de la región. A continuación pasa Tolomeo a dos grandes listas «étnicas», la de los túrdulos y la de los turdetanos; la primera puede atribuirse en conjunto a la parte oriental de Andalucía y la segunda a la occidental, que es la que debemos tratar aquí; finalmente hay un grupo reducido de poblaciones célticas.

En la lista de las poblaciones turdetanas, su atribución étnica se ha tomado directamente de un mapa en el que esta indicación no debía de ser muy precisa, puesto que comprende algunas de las ciudades que Plinio atribuye a los célticos y a los túrdulos cuando emplea las listas étnicas. Si se sigue a través del mapa la relación de Tolomeo, puede apreciarse que las ciudades de los turdetanos forman cuatro líneas en zig-zag, que descienden de norte a sur por la geografía de la región, también en sentido oeste-este (fig. 2A); la relación turdetana de Tolomeo es, por tanto, de orden geográfico, con una referencia étnica genérica que no se puede hacer extensiva a todas las poblaciones sin estudiar con cuidado su posición precisa y su relación con las localidades circundantes. En cuanto al método seguido por Tolomeo para formar la relación, puede dudarse entre el empleo directo de un mapa en el que figuraban todas las poblaciones o la elaboración por el propio autor de este mapa a base de un listado de ciudades agrupadas por coordenadas, que él mismo habría deducido de sus informaciones previas. Como indicación de la poca precisión de este mapa y de los problemas que pudo tener Tolomeo para describirlo puede indicarse la inclusión anómala de Carmona en último lugar, cuando debería haber figurado diez puestos antes, entre Hispalis y Obucola, en la secuencia geográfica que él mismo estableció, y que puede interpretarse como la rectificación de un olvido o el error provocado por unas coordenadas equivocadas.

El caso es que la única lista de tipo exclusivamente étnico que suministra Tolomeo es la de cinco poblaciones célticas, cuyas coordenadas corresponden a una área reducida al noroeste de la región, pero que no coinciden con las posiciones reales que se deducen de la arqueología, al menos en los casos de Arunda y Acinipo, que se encuentran en la Serranía de Ronda. En este caso, parece que Tolomeo toma el dato étnico del mapa, pero recurre después a una lista similar a las de Plinio, en la que figuraban poblaciones de las dos áreas célticas de Andalucía.

²¹ Un estudio global del problema geográfico en L. García Iglesias: La Beturia, un problema geográfico de la Hispania antigua, *AEspA* 44, 1971, 86 ss.

²² Cf.: *Claudii Ptolemaei Geographia*, edición (por Edilan) del manuscrito del siglo XVI de la Biblioteca Universitaria de Valencia (Madrid, 1985). Incluye un extenso estudio preliminar sobre los conocimientos astronómicos, geográficos y cartográficos de Ptolomeo, así como la fiabilidad que él mismo daba a sus datos y los límites aceptables en su interpretación.

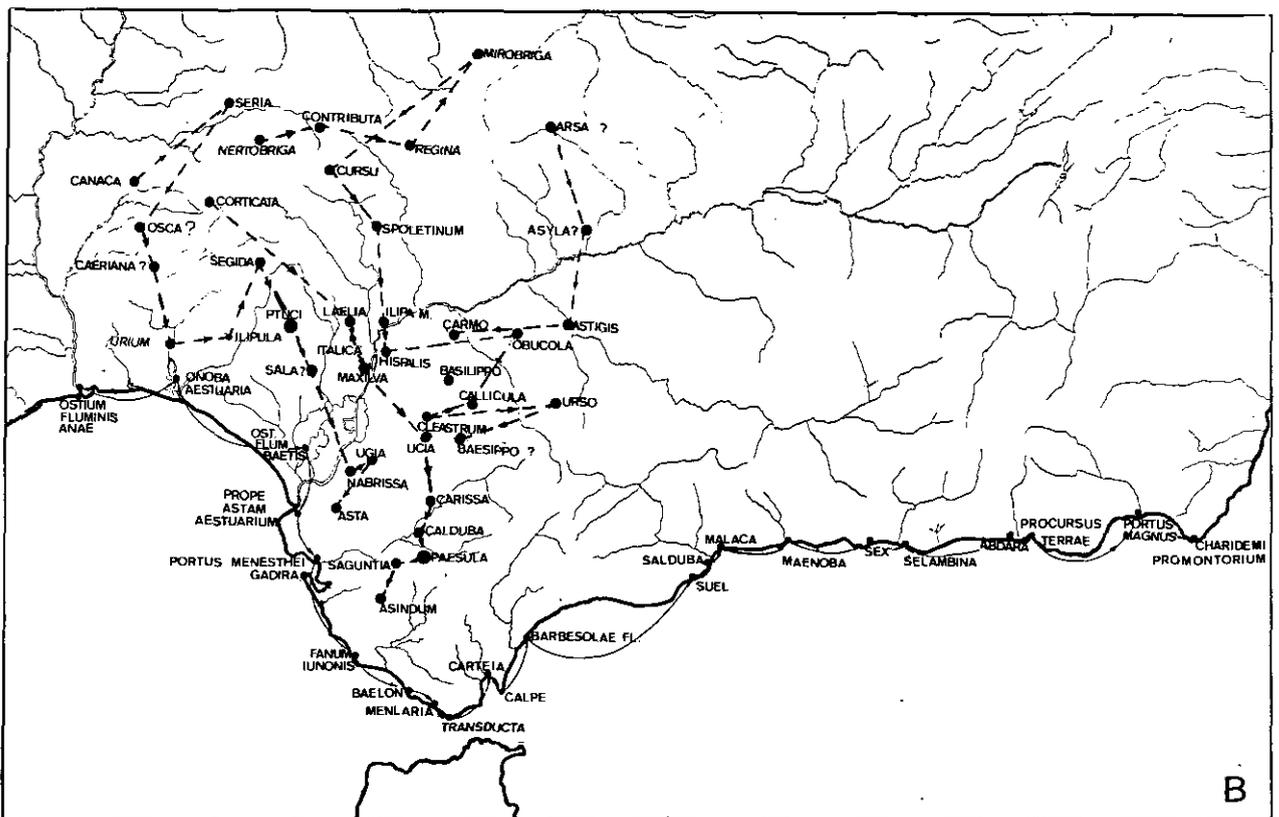
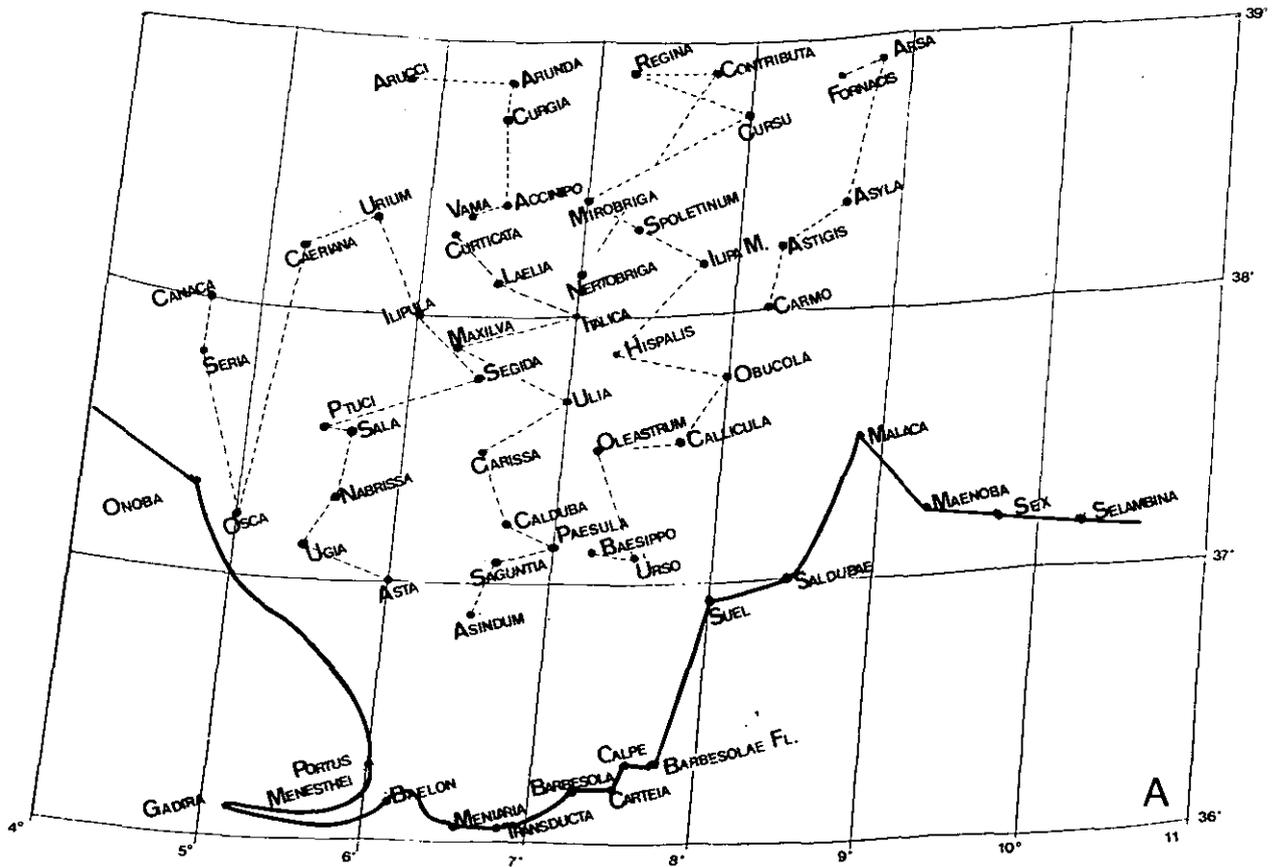


FIG. 2A. Reconstrucción del mapa de Tolomeo en Andalucía Occidental sobre la base de sus propios datos y sistemas. B. La geografía de Tolomeo, sobre un mapa real.

El análisis del texto de Tolomeo nos ha obligado a una revisión pormenorizada de sus datos y de la posible forma de sistematizarlos y trasladarlos a los mapas, para cuya explicación se requeriría de mucho más espacio del disponible; no obstante, las conclusiones que pueden hacerse extensivas a la aplicación de la Geografía de Tolomeo sobre otros problemas de la región o sobre regiones distintas, así como la mejor aclaración de los mapas que presentamos, hacen necesario dar hueco a algunas consideraciones breves acerca de la metodología seguida.

En primer lugar, y sobre la recomposición del mapa tolemático, parece conveniente tener en cuenta que la concepción del planeta que utiliza nuestro geógrafo corresponde a una esfera cuyo cuadrante tenía dimensiones inferiores en un quinto a las reales, de forma que la transcripción de las coordenadas sobre una superficie reducida provocaba grandes distorsiones. Tal y como se podían efectuar las observaciones en aquella época, la latitud se establecía con bastante precisión por la longitud de la sombra del *gnomon*, con el inconveniente de que estas observaciones correctas se transcribirían a una base cartográfica errónea. La longitud sólo podía determinarse por la conversión en grados y minutos de las distancias entre dos puntos medidas sobre el terreno o con cálculos muchos más imperfectos, tanto en las magnitudes como en las orientaciones; cuando la latitud y la longitud se establecían por conversión de mediciones en segmentos de arcos, los errores acumulados se hacían mucho mayores y las distorsiones afectaban, tanto al aspecto general del mapa como a la relación de posiciones entre ciudades.

Al transferir los datos de Tolomeo a un mapa actual (fig. 2B) o al recomponerlo con los principios que él mismo indica sobre su trazado, estas incorrecciones se hacen evidentes. En el caso de Andalucía occidental es fácil observar que la relación entre las latitudes de poblaciones importantes suele ser correcta, de forma que en la mayoría de los casos se puede pensar que Tolomeo dispuso de observaciones reales en esos puntos; cuando se producen interpolaciones de longitudes obtenidas mediante las conversiones de distancias aparentes sobre una latitud imprecisa, se llega a fenómenos de distorsión tan evidentes como el de la costa de la provincia de Cádiz (fig. 2A), que resulta muy alargada por agruparse en la misma latitud una serie de poblaciones que sí mantienen en sus correspondencias de longitudes una separación equivalente a la de sus distancias reales.

Por otra parte, la representación tolemática de los meridianos con una separación menor que la real produce también grandes distorsiones, puesto que al convertir en grados y minutos las distancias relativas entre poblaciones, la relación de longitudes que resulta válida entre las localidades referenciadas se contradice con las que han empleado como referencia una población importante distinta, de tal forma que resultan exactas por pequeños grupos, pero incompatibles entre sí.

Si se tienen presentes todas estas causas lógicas de errores y los posibles motivos para que las posiciones relativas de las ciudades resulten inadecuadas, se puede llegar a explicar con mayor fundamento

cuándo las equivocaciones proceden de malas transcripciones de los manuscritos o de alteraciones en el orden de las ciudades. Como ejemplo de algunas de las correcciones que hemos podido comprobar pueden citarse las confusiones evidentes de las longitudes en poblaciones como Lacilbis y Lacippo, cuya latitud encaja bien en el paralelo de Carissa y de Malaca, pero se incluyen en un meridiano confundido en las transcripciones del texto, o quizá en los datos manejados por el propio Tolomeo. A base de la formación de secuencias de poblaciones por latitudes o por longitudes, puede observarse cuándo existe error en una de las dos coordenadas.

En otros casos, la interpretación de las coordenadas de una población dentro de otras bien conocidas y la observación de la forma en la que Tolomeo las estableciendo su secuencia descriptiva del mapa, lleva a deducir que un nombre enigmático se puede atribuir a un yacimiento concreto y de nombre relativamente semejante; es el caso de Paesula, cuyo nombre no se repite en ninguna otra fuente y que por sus coordenadas viene a corresponder al punto en el que sabemos que se encontraba Lascuta; aquí la alteración no tiene que buscar razones etimológicas, sino simples confusiones paleográficas.

Si se observa la secuencia del itinerario de Tolomeo a través de su mapa de Andalucía, parece claro que otros errores de transcripción se han podido producir por el cambio de línea entre los nombres de dos poblaciones consecutivas; así, al iniciar la tercera serie de poblaciones turdetanas, Tolomeo menciona primero a Cursu (Curiga) y después a Mirobriga, cuando la relación correcta sería en orden inverso, para que cada una de ellas correspondiera con sus coordenadas reales y con el orden habitual de enumeración; aquí hay también un error en la transcripción del texto de fácil corrección.

Una forma también útil de observar las indicaciones de Tolomeo es analizar la posible identificación de algunas ciudades por la cercanía que las coordenadas proporcionan; de este modo, nos parece muy probable que deba corregirse como Basilippo el nombre de la última ciudad mencionada por Tolomeo en la tercera línea de poblaciones turdetanas, teniendo en cuenta su distancia relativa con la anterior, Ursones, que debe de ser Urso; el nombre de Baessipo, que es que aparece en los textos, corresponde a una ciudad litoral gaditana muy alejada de Osuna y daría lugar a interpretaciones muy complejas de los errores de las listas, que se simplifican si, de acuerdo con los sistemas empleados por el autor, pensamos que disponía de unas coordenadas acertadas de Urso y que le atribuyó a Basilippo la conversión en segundos de su distancia a la primera ciudad.

Aunque el interés de una revisión minuciosa de las listas de Tolomeo implica la necesidad de seguir depurando la metodología y las conclusiones que se han expuesto anteriormente, no es éste el lugar en el que puede presentarse una elaboración completa, sino sólo las conclusiones sobre las referencias étnicas y su correlación con las de Plinio, antes mencionadas.

La observación más firme es la de que las referencias étnicas sobre los antiguos pueblos de la región se transmitieron a los geógrafos tanto como rótulos de

mapas como en forma de listas y de aquí que deba establecerse primero el origen de una referencia para conocer su exacta validez. En cualquier caso, es muy importante que aún en época imperial avanzada se mantuvieran los rótulos étnicos de los mapas, lo que lleva a pensar que también se debían mantener las diferencias entre los distintos grupos; estas diferencias se reconocían también en determinados listados, que debieron de ser los empleados exclusivamente hasta el establecimiento de la ordenación en conventos jurídicos y no resultaban coincidentes.

En el caso de Andalucía occidental se observa que la división jurídica no respetó la anterior de grupos étnicos, pero ésta debía de ser tan patente, que el empleo de las dos relaciones se efectuaba indistintamente y producía errores cuando se intentaba compaginar la información de los mapas con las listas disponibles.

De todo el conjunto de referencia étnicas contenidas en los dos autores, la más exacta es la de los pueblos

célticos; precisamente ésta es la que ha provocado mayores confusiones en su identificación geográfica, ya que en la combinación de fuentes geográficas y administrativas, tanto Plinio como Tolomeo leyeron el apelativo céltico en el mapa, en la zona noroeste de la región, pero manejaron listas que incluían a otras poblaciones del mismo tronco étnico situadas mucho más al sur, en la Serranía de Ronda. Es posible que la lista de Plinio de poblaciones túrdulas sea también un listado étnico, pero el resto de las referencias que hay en los dos autores sobre pueblos prerromanos deben atribuirse a la lectura de mapas, y sus mismas contradicciones demuestran que en éstos no se marcaban límites demasiado precisos.

La división étnica de las poblaciones andaluzas se mantuvo por tanto hasta época romana, incluso con una cierta validez administrativa, pero su reparto geográfico debía de ser muy irregular, puesto que no quedaba bien reflejada en los mapas, ni se correspondía con la división jurídica de la región.

